

EL PREGONER DE DESERET



Año 5, número 1, enero - marzo de 2022



La Cofradía de Letras Mormonas es un colectivo integrado por miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entusiastas y amantes del Arte en general y la Literatura en particular, unidos con el propósito de descubrir y difundir la labor de escritores y, ocasionalmente, otros artistas mormones. Agradeceremos sus comentarios, sugerencias y aportaciones al correo

cofradiadeletrasmormonas@gmail.com

La CLM y esta publicación no son oficiales ni dependen de la Iglesia ni de sus autoridades generales o locales.



NUESTRA PORTADA

«No hay mejor fragata
que un libro», Violet Oakley,
aprox. 1900, óleo sobre tela.

EN ESTE NÚMERO

Editorial 3

Entrevista: Carlos García Egures 5

Poesía:

A los siervos del Señor 14

Síntesis de la vida 16

¡Tú, maestro! 17

Memorias:

El aimara no sonríe jamás 19

Roboré 21

Texto contemporáneo: En el desierto 26

Novedades 33

Convocatoria 35

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel González Núñez
Mario R. Montani
Rafael Vázquez Velázquez

DISEÑO GRÁFICO

Indira Deviagge
Patricio Mansilla

MEDIOS DIGITALES

Marjory Sucle Vásquez

EL PREGONERO DE DESERET
REVISTA DE LA COMUNIDAD DE LETRAS MORMONAS
AÑO 3, NÚMERO 1, julio - septiembre de 2013

¡Bienvenidos!

La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...
La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...
La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...

Contenido:
1. Bienvenidos!
2. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...
3. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...
4. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...

EL PREGONERO DE DESERET
REVISTA DE LA COMUNIDAD DE LETRAS MORMONAS
AÑO 3, NÚMERO 1, julio - septiembre de 2013

Contenido:
1. Bienvenidos!
2. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...
3. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...
4. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...

EL PREGONERO DE DESERET
REVISTA DE LA COMUNIDAD DE LETRAS MORMONAS
AÑO 3, NÚMERO 1, julio - septiembre de 2013

Contenido:
1. Bienvenidos!
2. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...
3. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...
4. La historia de las Escrituras en Los Deseret. Una promesa...

EL PREGONERO DE DESERET
REVISTA DE LA COMUNIDAD DE LETRAS MORMONAS
AÑO 3, NÚMERO 3, julio - septiembre de 2013

PÁG. 15
SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR II
por Mario Montañi

PÁG. 15
CONSUELO GÓMEZ
NUESTRA PROPIA POETA
por Gabriel González Nájera

EL PREGONERO DE DESERET
REVISTA DE LA COMUNIDAD DE LETRAS MORMONAS
AÑO 3, NÚMERO 4, octubre - diciembre de 2013

Literatura mormona

Contenido:
1. Literatura mormona
2. Literatura mormona
3. Literatura mormona
4. Literatura mormona

EL PREGONERO DE DESERET
REVISTA DE LA COMUNIDAD DE LETRAS MORMONAS
AÑO 3, NÚMERO 4, octubre - diciembre de 2013

Contenido:
1. Literatura mormona
2. Literatura mormona
3. Literatura mormona
4. Literatura mormona

EL PREGONERO DE DESERET
REVISTA DE LA COMUNIDAD DE LETRAS MORMONAS
AÑO 3, NÚMERO 4, octubre - diciembre de 2013

Contenido:
1. Literatura mormona
2. Literatura mormona
3. Literatura mormona
4. Literatura mormona

EL PREGONERO DE DESERET
REVISTA DE LA COMUNIDAD DE LETRAS MORMONAS
AÑO 3, NÚMERO 4, octubre - diciembre de 2013

PÁG. 19
SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR III
por Mario Montañi

PÁG. 05
CITILAILI KOCHITOTZIN
SENSIBILIDAD Y POESÍA
por Gabriel González Nájera

EDITORIAL

Según los estudiosos del desarrollo infantil, al cumplir su primer año un bebé ha triplicado su peso, aumentado notablemente de estatura, ya come por su cuenta y puede pararse solo. Para el segundo, sin duda camina y comienza a hablar coherentemente. En el tercero tiene todos sus dienteitos y pregunta repetidamente «¿por qué?». A lo largo del cuarto año dirá su nombre y apellido, sabrá bastante de números y podrá diferenciar entre la fantasía y la realidad...

No estamos seguros de cuánto pueda parecerse el crecimiento de una publicación al de un niño, pero en estos últimos cuatro años hemos pasado por procesos similares. Dimos nuestros primeros pasos allá por 2018 con ediciones escasas en contenido pero llenas de esperanzas. Las primeras versiones de *El Pregonero de Deseret* contaban con 6 páginas y el deseo de contactar a los amantes de la escritura en el amplio universo SUD de habla hispana, así como de recoger la

producción del pasado que había quedado dispersa. En 2019 pasamos a tener 20 páginas y a crear una sección sobre el arte de escribir. En 2020 nos atrevimos con la convocatoria a un concurso literario cuyos excelentes resultados se vieron reflejados en el número especial 3.3 – 3.4 que vio la luz, con sus 28 páginas, en el último trimestre de ese año. El cuarto ciclo nos encuentra editorialmente reforzados con el armado gráfico y las ilustraciones de Indira Deviagge y Patricio Mansilla. Hemos incursionado con artículos sobre otras formas de arte: la pintura, la música, el teatro. La LDSPMA (Asociación de Editores y Medios Santo de los Últimos Días) nos ha invitado a participar en su conferencia anual. La Asociación Mormona de Letras estadounidense nos ha reconocido en su revista digital *Irreantum* y ha publicado comentarios positivos sobre nuestra labor. Hemos recibido colaboraciones de Argentina, Colombia, Estados Unidos, México, Honduras, Perú, Uruguay y hasta Brasil.

Pero todo eso habría sido imposible sin ustedes, los lectores, que demandan nuestra presencia cada tres meses. Gracias por el estímulo que eso produce. Hemos recién dado nuestros primeros pasos, pero seguiremos adelante. Sugirió José Martí que aprender a leer es como aprender a andar, pero escribir... es ya otra cosa. Nos gusta como lo expresa el escritor italiano Alessandro Baricco: «Escribir es un placer físico. Es como volar». Sigamos escribiendo. Sigamos volando. ■



ENTREVISTA

CARLOS GARCÍA EGURES:

***ESCRIBIR Y EDUCAR PARA
MAYOR INCLUSIÓN***



Mario R. Montani nos hace llegar a *El Pregonero de Deseret* la siguiente entrevista con Carlos García Egures, un escritor uruguayo. García Egures durante su infancia asistió a la Escuela Nº 145, en Montevideo, y posteriormente al Liceo Nº 1, en Las Piedras. Obtuvo un título de maestro en educación común en el Instituto de Formación Docente Julia Rodríguez de De León, en Maldonado, tras lo cual se incorporó al sistema educativo público y privado, desempeñándose en cargos de docencia, asesoramiento y dirección. En 2012 ingresó, por concurso

de oposición y méritos, a la Junta Departamental de Maldonado como funcionario administrativo de carrera, cargo que reviste hasta la fecha. Además es miembro de la asociación civil ONG Maestra Juana Guerra, institución que brinda apoyo a personas adultas con discapacidad intelectual y motrices asociadas. Junto a su esposa Beatriz Amaral, también docente, dirige el proyecto [Deserets Learning](#), una iniciativa para la formación e inclusión plena de niños y niñas favoreciendo la sana crianza.

Pregonero: *Cuéntanos un poco quién es Carlos García Egures.*

Carlos García Egures: Puede decirse que soy hijo, esposo, padre, santo de los últimos días y ciudadano comprometido con la construcción de una sociedad más solidaria e inclusiva. También soy educador, asesor, escritor y a veces mentor, pero por sobre todo siempre me sentiré un eterno alumno. Veo la educación como formación más allá de los entornos formales y me identifico con la célebre reflexión del pedagogo Paulo Freire: «Nadie educa a nadie, nadie se educa a sí mismo. Los hombres se educan entre sí mediatizados por el mundo porque nadie ignora todo, nadie lo sabe todo». En ese proceso de aprendizaje continuo, con otros y en contexto, soy una persona inacabada en permanente construcción, algo que disfruto sobremanera y coincide con mi fe religiosa. Si alguien me pregunta cuál es la institución que más me ha formado no dudo en responder: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

P: *¿Cuánto han influenciado tus lecturas en la decisión de escribir?*

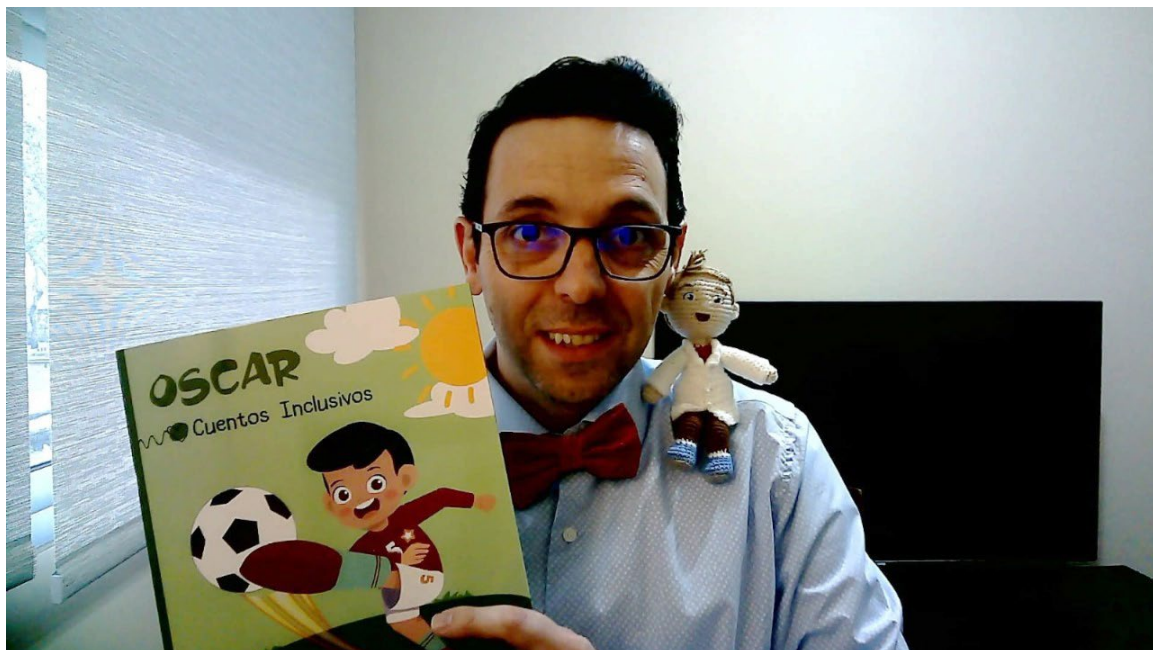
CGE: Creo que más de lo que puedo cuantificar. La lectura siempre ha sido una forma de vincularme con el conocimiento, con otros y conmigo mismo. Disfruto mucho de ella. Existen varios autores con los que me he sentido identificado, ya sea en su estilo, expresiones, sentir o visión del mundo. Es como si

sintiera que me conecto con ellos y con lo que subyace bajo sus obras. Al igual que Parley P. Pratt con el Libro del Mormón, he experimentado la molestia de abandonar la lectura de un buen libro para tener que comer, dormir o realizar otra actividad necesaria. Tal vez sin proponérselo, varios autores han llegado a ser mis mayores mentores, invitándome a imitarlos.

P: *¿Cuáles han sido esas lecturas principalmente?*

CGE: He leído y sigo leyendo mucho material variado. Siempre depende del momento de mi vida, de mis intereses y de los proyectos en los que me embarco. En lo que refiere a literatura infantil desde los cuentos clásicos de los hermanos Grimm, H. C. Andersen, Charles Perrault, pasando por Washington Irving, Mark Twain, Charles Dickens, hasta los más contemporáneos como Federico Ivannier, Susana Olaondo o Roy Berocay. He leído cuantos textos han llegado a mis manos y han podido atraparme más allá de la primera página. Debo decir que un lugar especial de mi niñez tiene el libro *Los cuentos de mis hijos*, de Horacio Quiroga, siendo de los pocos que he releído —además de las escrituras—, ya que no suelo hacerlo porque siento que pierdo la oportunidad de conocer un nuevo título.

Con respecto a la literatura para adultos, he leído libros de variado contenido: fantástico, dramático, histórico, filosófico, religioso, político, económico, socio-



lógico, biográfico y de autoayuda entre otros tantos. Tengo que confesar que soy más inclinado a la prosa que al verso. Es el suceso de una buena narrativa lo que capta mi atención, ya sea realidad o ficción. La lectura como herramienta de desarrollo intelectual y personal también me ha llevado por autores de estilo argumentativo o reflexivo, expositores de investigaciones en distintos ámbitos del conocimiento y mentores en varias áreas.

P: *¿Y tu entorno familiar, tanto ancestral como actual, te ha estimulado a la lectura?*

CGE: En el hogar donde me críe siempre hubo más de una biblioteca: en la sala, en los dormitorios y hasta detrás del inodoro del baño. Los libros forma-

ban parte de mi vida infantil, así como las enciclopedias, colecciones y revistas periódicas de variado contenido como *Selecciones* o *Mecánica Popular*. Ni que hablar de las historietas, hoy llamadas cómics, con las que básicamente aprendí a leer. Me gustaría destacar que en la casa de mis padres, por encima de todo libro, estaba la Biblia, que presidía sobre la mesa del living donde todos los que entraban podían verla, hasta que llegó también el Libro de Mormón para acompañarla cuando yo tenía unos seis años y mis padres se convirtieron en miembros de la Iglesia. Mis primeros héroes fueron personajes como David ante Goliath, Daniel en el foso de los leones, para luego sumarse Nefi ante Labán y Abinadí enfrentando la ira del rey Noé.

P: *Escritores como G. K. Chesterton, J. R. R. Tolkien o C. S. Lewis han dejado traslucir un profundo cristianismo en sus obras. ¿Piensas que tu conocimiento del evangelio restaurado ha moldeado un poco tu producción literaria?*

CGE: Sin lugar a dudas. Hablar de inclusión en mis obras impresas es hablar del evangelio de Jesucristo en su expresión más abarcativa, y particularmente cuando se trata de niños y niñas. Creo en el poder del texto escrito como transmisor de valores y promotor del cambio, y ello se debe a la influencia de las escrituras en mi vida, así como la palabra de los profetas y líderes de la Iglesia a través de varios materiales impresos.

Mi concepción del mundo y de las cosas está impregnada de la cultura del evangelio y de las enseñanzas que provienen de Jesús. Cuando intento con mis cuentos inclusivos generar una mirada más solidaria, sensible y digna de la condición de las personas en situación de discapacidad no hago otra cosa que aplicar lo que la Iglesia me ha enseñado desde siempre: que todos somos hijos de un mismo Padre que nos ama independientemente de nuestras debilidades o carencias. En tanto procuro cambiar la mirada victimizadora y estigmatizadora de la discapacidad, estoy tratando de develar la verdadera naturaleza humana y el valor de la vida más allá de toda limitación o desafío personal. Porque en definitiva ¿quién no está roto? ¿Quién no tiene algún impedimento ya sea físico,

intelectual o emocional, y pese a ello es merecedor de grandes bendiciones?

P: *¿Crees que es posible la existencia de algo que podríamos llamar «literatura mormona» sin llegar a ser necesariamente apologética?*

CGE: Sí, por supuesto. De hecho, creo que es imposible no configurar algo así cuando se trata de escritores santos de los últimos días, ya que como dije antes, desde mi perspectiva no podemos separar lo que somos de lo que escribimos verdaderamente. Escribir implica entregar de sí, brindarse y exponerse al mismo tiempo. Más allá de cualquier personaje de ficción en el que uno se esconda o se refugie, nuestra presencia está ahí. Por tal motivo, como escritores, ser parte de esta comunidad religiosa nos hace conformar una «literatura mormona» que nos define más allá de todo dogma específico.



P: *Desde tu punto de vista como educador, ¿cómo ves la influencia del arte, particularmente de las letras, en las nuevas generaciones?*

CGE: Más allá del avance de las tecnologías, el poder de las letras sigue vigente. Es verdad que ha cambiado el portador, por llamarlo de alguna manera. Hemos pasado del libro impreso al libro digital, de la palabra en tinta a la palabra en bits, pero en definitiva seguimos necesitando de la literatura para expresar nuestra subjetividad, nuestro sentir, reflexionar sobre nuestro entorno y proponer alternativas a los conflictos que enfrentan las nuevas generaciones. Sin letras es posible soñar, pero difícilmente ese sueño trasciende más allá de uno mismo.

De la misma manera, las artes plásticas y visuales han encontrado otras formas de expresión a través de los recursos digitales que brindan una amplia gama de posibilidades para seguir desarrollando la imaginación y cultivando distintas formas de representación tanto figurativas como abstractas. En lo personal siempre me han gustado las distintas artes porque en ellas uno encuentra una manera de comunicarse y de encontrarse con el otro y con uno mismo. Es a través de ellas que la cultura se constituye y se materializa, permitiendo que las personas accedan a ella de maneras distintas según sus inclinaciones y gustos personales. Más que nunca nuestros jóvenes necesitan hacer uso del arte para construir conocimientos y transformar, para bien,

la realidad que han heredado. Las verdades eternas deben ser expresadas haciendo uso de ellas como siempre ha sido a través de nuestra historia.

P: *¿Por qué los cuentos inclusivos?*

CGE: Los cuentos inclusivos son relatos infantiles que incluyen a personas con discapacidad como protagonistas en la vida de un niño o niña que enfrenta un desafío típico de su edad. Desde una mirada infantil, naturalizadora y libre de prejuicios, son las personas con discapacidad las que aparecen para salvar la historia y no las víctimas que necesitan de ayuda, como se propone habitualmente. Brindan así una perspectiva distinta que permite contemplar el potencial de cada individuo sin centrarnos en sus limitaciones particulares, ya sean físicas o intelectuales. Porque en definitiva, como siempre me gusta decir, nadie espera que se le reconozca por lo que no puede hacer sino por lo que sí es capaz de lograr.

Todos deseamos trascender socialmente de algún modo y esa trascendencia ocurre cuando podemos contribuir en la vida de otras personas, sin que eso signifique tener fama. Quienes están en situación de discapacidad no necesitan nuestra lástima sino una oportunidad de demostrar cuánto son capaces de hacer por otros. No son sólo receptores de ayuda sino principalmente proveedores de recursos, habilidades, destrezas y valores que el resto de la sociedad necesitamos adquirir.



Por eso en mis cuentos inclusivos la discapacidad nunca es el problema a resolver sino que en ella se encuentra la singularidad que conlleva a la resolución de otros problemas comunes a todas las personas. Intento con esto cambiar la óptica, reconociendo el valor y el aporte de cada persona sin importar su condición. Dios nos ha otorgado una singularidad que nos hace personas únicas y de inmenso valor, no solo para Él sino para aquellos que nos acompañan. Nadie es tan limitado que no tiene nada para dar y que no pueda hacer de este mundo un lugar mejor. El secreto está en saber reconocerlo y brindar oportunidades de ejercer nuestras capacidades, a las que

en el lenguaje del evangelio les llamamos «dones».

Así pues la colección de cuentos inclusivos nace como respuesta a una profunda y sentida necesidad de transmitir una visión adecuada sobre la discapacidad y de esta forma contribuir a la temprana formación de una sociedad más solidaria e inclusiva. Hecho que ocurre cuando reconocemos el valor y la dignidad de la vida de cada persona independientemente de cualquier limitación o desafío físico, emocional o intelectual.

Cada uno de los cuentos de la colección está dedicado a una persona real vinculada a la discapacidad que me inspiró a colocarlo como protagonista en

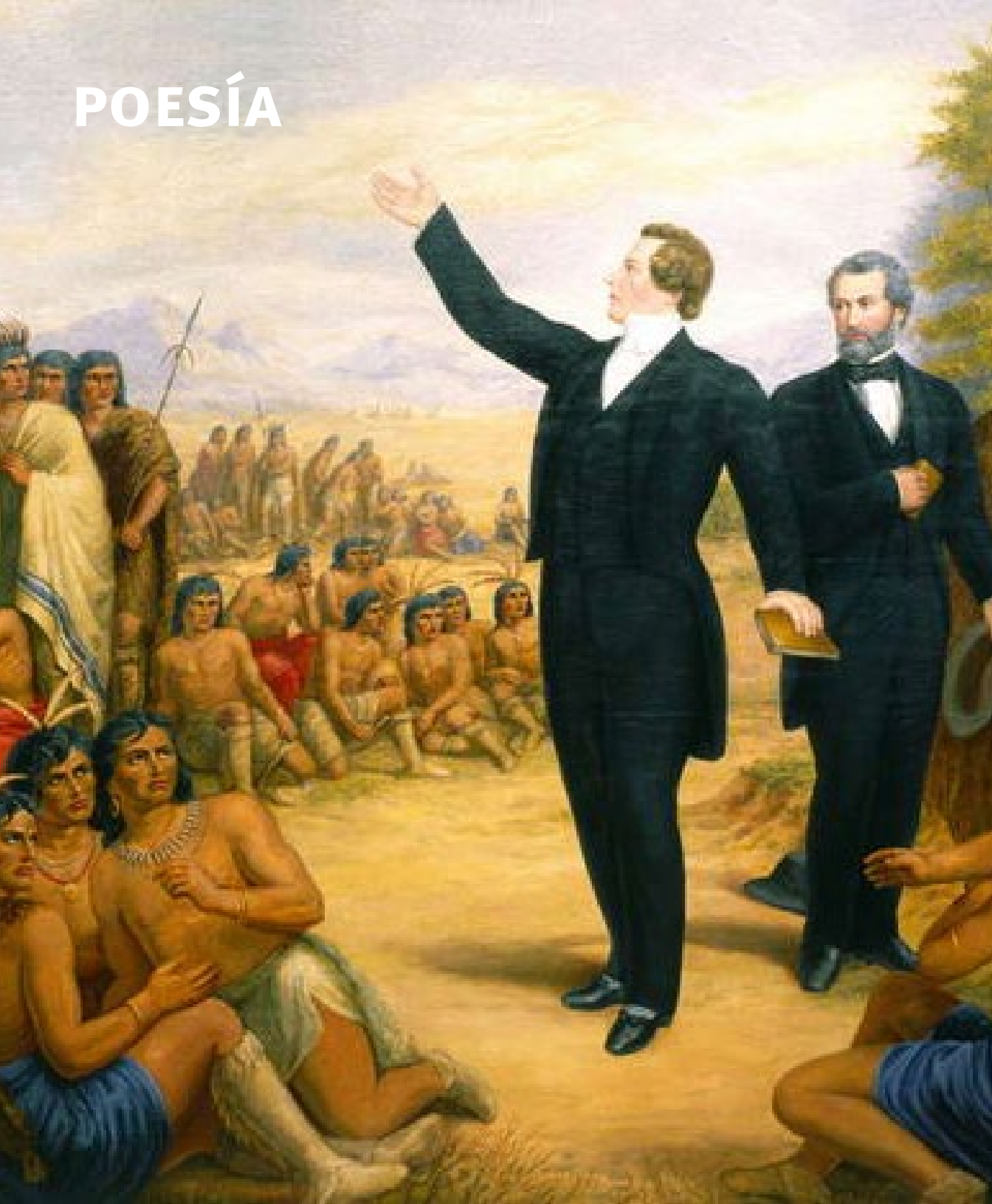
un entorno de ficción. En ellos está presente toda mi experiencia como docente tanto de niños como de adultos con y sin discapacidad. He sido muy bendecido y enriquecido trabajando en proyectos educativos de inclusión y lo que intento con estos cuentos es transmitirles a todos el tesoro que he descubierto, porque estoy convencido de que nos puede elevar como individuo, pueblo o congregación.

Cabe señalar que a través de los años hemos ido construyendo, como sociedad, un concepto de discapacidad que ha ido

evolucionando pero que todavía debe evolucionar a fin de que sean reconocidos y contemplados los derechos de todas las personas. Una visión adecuada no solo beneficia a quienes sobrellevan una discapacidad sino a todos los que formamos parte de la sociedad, porque nos hace más tolerantes y menos exigentes con nuestras propias limitaciones, más sensibles y dispuestos a reconocer al otro y a nosotros mismos como una construcción en la que es preciso ejercer la paciencia, misericordia y el amor puro de Cristo. ■



POESÍA



A los siervos del Señor

PATRICIO CANO

Hermanitos de mi amor,
hoy, que la Iglesia del Señor
volvió al mundo con primor,
en la gracia y esplendor
como Cristo la fundó,
todos debemos guardar,
conservar y respetar
las señales que dejó;
pues a sus siervos mandó
que partieran reverentes
como humildes penitentes
por pueblos y continentes,
predicando a las naciones,
representando a su Dios,
predicando en alta voz
que los hombres se arrepientan,
que nunca sus labios mientan
ni existan ya contenciones,
que todos los corazones
se devuelvan a su Dios,

bautizándose en su nombre,
predicando a todo el orbe
con sumisos corazones
que no haya más perversiones,
antes todas las naciones
se devuelvan a su Dios,
pidiéndole en alta voz
que les dé sus bendiciones.
Cristo dio disposiciones
a todo su Apostolado
de partir a las misiones
que les había señalado:
que no portaran bordones
ni dos ropas de vestir,
que humildes habían de ir
y a la casa que llegaran,
llegando les preguntaran
si la paz moraba allí;
si la paz allí moraba,
su evangelio predicaran,

y si no, de allí partieran
y hasta el polvo sacudieran
y que luego les dijeran
con muy terminante voz:
«El evangelio de Dios
ha llegado a vuestras puertas
y no hallándolas abiertas
nos retiramos de vos».
En la casa que os reciban,
allí comed lo que os dieran
y si enfermos os trajeren
los sanaréis en mi nombre;
y así iréis por todo el orbe
a los enfermos curando,
los muertos resucitando,
mi evangelio predicando,
y sanando todo mal;
y si veneno mortal
os dieran un día a comer,
ningún daño os ha de hacer,
ni turbará vuestras mentes;
levantaréis las serpientes,
daréis oído a los sordos,
a los ciegos daréis vista;
vuestra obra estará provista
de todas mis bendiciones,
y ganaréis corazones
que se vuelvan a su Dios,
y siempre estaré con vos
en todas vuestras acciones.

*Publicado
originalmente
en la edición
de mayo de 1960
de la revista
Liahona*

Síntesis de la VIDA

RAQUEL MORALES

Al vivir en esta tierra
anhelamos feliz holgura,
encanto, gozo y ventura
siendo que el mundo encierra
llanto, placer y amargura.

Es nacer para vivir
progresar y trabajar,
y tras un breve dormir
encontramos al venir
lo que es sufrir o gozar.

Haz el bien con razón,
con buen deseo en tu corazón
adquiere tu civilización,
aleja el vicio, la miseria y el dolor
y así tendrás gran galardón.

El trabajo es constancia,
es base de prosperidad
de la vida en fragancia,
y en los años de ansiedad
es calma, placer y abundancia.

El estudio eleva al conocimiento.
Practica tu educación.
La experiencia nos da corona de talento,
dignifica el alma a la perfección
y purifica el pensamiento.

La flor más pequeña mira
y el poder de Dios adivina.
Fe, tened, y gran confianza,
guardando siempre la esperanza
de vivir con Él allá en otra vida.

Publicado originalmente en la edición de junio de 1937 de In Yaotlapixqui (El Atalaya de México)

¡Tú, Maestro!

CÉSAR A. GUERRA

Cuando, angustiado ante un mundo incierto,
no sabía orientar mis pasos,
fui bendecido con la visión sublime
de una sombra piadosa:
¡la sombra del Maestro!

Andando por la senda que Él trazara,
fui conociendo la virtud y portento
de aquella vida sin par, salvación de todos,
y vislumbré en mente y corazón
la imagen del Maestro.

Y tras recorrer y ansiar seguir la senda,
avergonzándome mucho ante el Incomparable Ejemplo.
Doy gracias, a pesar del lodo en que me afano,
por conocer de cerca
la vida del Maestro.

Sombra Divina que calma al vacilante,
Imagen Pura la del Redentor Eterno,
Vida Sublime; ¡eso eres Tú, Maestro!

Publicado originalmente en la edición de marzo de 1982 de la revista Liahona

MEMORIAS



El aimara no sonríe jamás

MATILDE PALMIRA GODOY

En enero de 1969 aterricé en el Aeropuerto de El Alto, a 4.090 metros de altura sobre el nivel del mar y a 15 kilómetros del centro de la ciudad de La Paz. Llevaba una enorme valija de sueños acumulados durante los nueve años de preparación para salir a la ansiada misión. Allí estaba en medio de un hermoso paisaje y de gente que me miraban con desconfianza y que me hablaba en quechua o aimara. Por fin divisé a un élder y varias hermanas, entre ellas la hermana Mezzomo de Canadá, quien sería mi compañera mayor en mi primer destino: Ciudad Satélite de El Alto. Las primeras misioneras con ese destino, tuvimos que buscar pensión y después bajar a La Paz para comprar camas, colchones y frazadas.

Ya ubicadas, el 1° de febrero salimos muy animadas a visitar por primera vez la Rama de Viacha, como habíamos decidido con anterioridad. Al llegar encontramos reunida la Primaria: doce niños con dos maestras. Una de ellas era una

cholita que con su guagua a la espalda hacía de traductora. No sabía leer pero manejaba el aimara. La mitad de los niños no hablaban castellano, razón para tener dos maestras. Les enseñábamos los himnos y a trabajar con el pizarrón mediante dibujos simples, los niños encantados de usar lápices de colores y tizas.

La segunda vez que fuimos, les llevamos papeles de colores y pegamento. Faltó la maestra que sabía leer, pero nos indicó la maestra que era cholita que tenía preparada la lección. Los misioneros se la habían grabado y ella la tenía en su memoria. Nos alegró enormemente su decisión, pero había un problemita: su guagua lloraba a más no poder. Le preguntamos si necesitaba cambiarlo o tal vez llevarlo al médico. Nos respondió que lo había llevado esa semana, que estaba a cuatro horas de distancia, y ya lo había medicado. Comenzó la clase y el bebé se fue calmando. Cantamos «Soy un hijo de Dios». Se sacó el poncho y se lo entregó a una hermanita de unos siete

años. Prosiguió la clase. Nosotras no entendíamos el idioma. Al terminar les dijo a todos en castellano: «Mi guagüita se fue al cielo a jugar con los angelitos y no deben llorar porque si no el guagua sufre. Haremos una oración para acompañarlo en su ida». Lo colocó sobre la mesa. Un niño hizo la oración. Le dieron un beso cada niño, y nosotras, con nuestros rostros mojados por las lágrimas, nos preparamos para acompañarle a su casa.

Con todos los pequeños en flita subimos el cerro tarareando una canción de cuna. Llegamos a su pequeña casa de adobe. Quedamos a solas con ella. Derramaba grandes lágrimas, pero nos dijo con firmeza: «La familia preparará flores de papel y danzará para que se vaya contento el guagua». La abrazamos fuertemente. «Hemos aprendido una lección», dijimos a dúo con mi compañera. Ella respondió que sí, que estos niños necesitan estar fuertes y aprender de nosotras, sin quejas, sin echar culpas a nadie, aceptándolo todo.

El paisaje ya no era el mismo. Parecía más duro y silencioso. Volaban las piedritas a nuestro paso en aquel camino de montaña. El viento frío del Altiplano traía a mi mente un dicho de un escritor boliviano: «El aimara no sonríe jamás, porque nadie le dijo que lo amaba». Así conciben la vida, con esa resignación, el nacer o morir. ■



Roboré

OSCAR ADRIÁN RODRÍGUEZ PÉREZ

Lo que voy a contar no quisiera que quedara como un cartel. Es cierto que soy una persona que podría considerarse un baladí, una persona cuyo trayecto de vida hasta hoy ha pasado un tanto inadvertido por la gran multitud. Alguna vez alguien de mis mayores, seguramente conocedor de mis defectos con la sabiduría de aquellos que han recorrido una larga vida, me dijo que procurara no parecer un catacaldos o en otras palabras alguien que con muchas tareas no termina ninguna, y sin embargo tengo en mi haber muchas causas emprendidas, y siento mucho reconocer que tengo algunas sin terminar. Sin embargo, muy gozoso puedo testificar que la misericordia divina me ha concedido vivir maravillosos momentos, ricas experiencias, hacer obra buena, gozar y tener momentos espirituales que han marcado mi alma, como si fuera cada uno de esos momentos una carimba espiritual para toda la eternidad. Roboré es una de ellas.

Era el año 1985 o 1986, no recuerdo con exactitud, en ese tiempo trabajaba para las Oficinas Regionales de la Iglesia. Tenía el que me parecía el ostentoso cargo de Especialista en Informes Financieros, trabajo como auxiliar contable que consistía en revisar los informes financieros mensuales de cada unidad de la iglesia en Bolivia, que eran en ese entonces unas ciento diez. Me encargaba de que todo se haya anotado, sumado y administrado en la forma correcta, que los ingresos y egresos se hayan apropiado en su respectiva cuenta y columna y que cada uno tenga su respectivo respaldo documentado, y aunque solo se trataba de sumas y restas cada mes tenía una buena cantidad de informes que devolvía a sus responsables para ser corregidos. No muy a menudo había ocasiones en las cuales me obligaba a viajar para ayudar a los líderes y secretarios a realizar dichos informes. Ese año me toco viajar a Roboré.

Roboré es una hermosa población en las selvas tropicales del Departamento de Santa Cruz de la Sierra, a 445 kilómetros de su capital, con una población hoy cercana a los once mil habitantes, aunque en aquellos años no tan poblado. La principal vía de acceso es el ferrocarril Santa Cruz – Puerto Suárez (frontera con el Estado de Mato Grosso, Brasil). Está en una zona que se caracteriza por las serranías Chiquitanas, que son altas y macizas con escarpe fuerte hacia el norte y laderas suaves hacia sur de terrazas onduladas. El clima es el llamado clima tropical de sabana. Su temperatura promedio anual es de 26° centígrados con unas máximas que llegan hasta los 41°.

Recuerdo con nostalgia el Lloyd Aéreo Boliviano que para llegar a Roboré me llevó hasta el aeropuerto de la ciudad de Puerto Suárez, prácticamente frontera con Brasil, en una mañana fría, húmeda y nublada. Llegué a eso de las diez de la mañana. Allí también teníamos una rama de la Iglesia. Su presidente me recibió y aprovechamos para revisar los asuntos financieros y hablar de la Iglesia en el lugar. Recogí el informe del mes y ya solo quedó como objetivo la Rama de Roboré. A las ocho de la mañana del día siguiente estaba partiendo en el tren que iba a Santa Cruz. Este al medio día paraba en Roboré, en una de esas estaciones que me hacían recordar las estaciones en el antiguo oeste norteamericano, muy clásicas en las películas de Hollywood. Detrás de la estación, luego de pasar del

andén a una sala en el mismo piso de madera a más o menos un metro del suelo, se sale directo a la calle. Tras caminar unos pocos metros ya se está en la pintoresca plaza central del pueblo. Uno se va dando cuenta de por qué a ese lugar se le llama el «paraíso escondido del oriente boliviano».

El presidente de rama me recibió en la estación, muy contento y amable. Me

*Me preguntó si había
traído una linterna,
a lo cual le respondí
que no.*

llevó directo a almorzar en un peculiar y nativo restaurante allí en la plaza principal. Digo nativo porque, aunque ya había construcciones que me parecían de ladrillo y cemento, la mayoría dejaba ver las paredes de barro y paja, y la mayoría de los techos eran a dos aguas hechas con palmas de motacú. Inmediatamente en la tarde visitamos la casa capilla y empezamos el trabajo de revisar las finanzas y al mismo tiempo explicar al presidente cómo hacer el informe y

evitar esos molestos errores. Él, como un humilde doctrino aprendía, dándome las gracias por lo que para él era la más grande ayuda que podía recibir. Se hizo tarde. Tomamos un refrigerio y entonces me llevó a su casa a más o menos un kilómetro hacia las afueras del pueblo. Me explicó que saliendo de su casa a la esquina y a la derecha a unos cincuenta metros encontraría el sendero por el cual en ese momento caminábamos. Estaba a un costado de los rieles del tren, en una línea más o menos recta. Siguiendo este sendero se llegaba fácilmente a la estación. Había un solo obstáculo, un pequeño canal al cual se lo cruzaba por un par de maderos juntos, no era la gran cosa, dos pasos nada más. Me preguntó si había traído una linterna, a lo cual le respondí que no.

—Entonces tiene que salir antes de las tres —me dijo con gran énfasis, a lo que no di mucha importancia.

Cada cierto trecho había un poste de alumbrado el cual iluminaba de tal forma que había unos pocos espacios a los que no les llegaba la luz en pleno. Se hacía de fácil transitar.

—A las tres se corta la luz. Por eso es necesario una linterna —me advirtió. Yo pensé y me dije: «Bueno, estamos a campo abierto, un cielo despejado, y seguramente la luna y las estrellas alumbrarán un poco». No había nada de qué preocuparse.

Cuando llegamos a su casa, la esposa y los niños ya estaban durmiendo, era

comprensible en un pueblo donde se vivía de acuerdo al día que ofrecía la propia naturaleza; de seguro se levantaban muy temprano junto con el sol. El presidente me prestó un reloj que me ayudaría a despertar antes de las tres. Lo puse solo a 15 minutos antes de esa hora. Sin embargo, estaba tan preocupado que mi espíritu se puso muy inquieto y no pude dormir. Por alguna razón empecé a darme ánimos justificando mi actuar y mi falsa fe: las luces estarían para mí y no se apagarían hasta que llegara a la estación, y si total se apagaban sería fácil llegar pues tenía el sendero con un piso duro, una maleza a los costados que no permitiría que me desvíe, y ese insignificante arroyo de más adelante no ofrecería gran dificultad, además, llegando allí ya estaría a pocos metros de la estación, la cual de seguro estaría con luz esperando al tren que llegaba a las cuatro.

No esperé que el reloj empezara a sonar. Lo apagué, alisté mis cosas y salí a la «calle». Llegando a la esquina volteé a la derecha. A una distancia estaba el sendero que me llevaría a la estación. Ese era mi primer objetivo y las luces alumbraban a satisfacción. Llegué allí. A unos diez metros o poco más estaban las líneas del tren. Puse mi mirada en dirección a la estación y empecé a caminar. Para calmar mi espíritu me dije: «Todo va bien». Habría dado dos o tres pasos y se produjo lo que el Espíritu me estuvo gritando todo el tiempo: fue como que de pronto hubiera perdido los ojos, la oscuridad

más profunda jamás vivida, inefable, y el miedo que produjo fue aún más profundo. Traté de darme valor y pensar como un hombre de fe, sustentado solo por el saber que estaba allí como un siervo de la Iglesia del Dios viviente y por el saber que individualmente estaba haciendo esfuerzos por vivir una vida buena. Superé el pánico y entonces me propuse darle vida a mi razonamiento anterior: el piso era firme, la maleza no dejaría que me desviara. Entonces me puse a caminar con una mano al frente y usando solo el instinto. Paso a paso caminé por unos eternos cinco minutos, y de pronto algo inesperado, algo que parecía un muro salido de la nada, sumamente tosco, abrupto. Lo golpeé con el puño desesperado. A punto de entrar en pánico, me sentía como con un dogal y listo para saltar al vacío. Doblé las rodillas y sentí la vegetación a mi alrededor. Pronto vino a mí la idea de la posibilidad de ser picado por algún bicho o serpiente. Sabía que tenía que serenarme y que lo único que me quedaba era acudir a Dios. De pronto recordé el día anterior a mi partida, cuando en casa con mi familia habíamos leído el Libro de Mormón y nos tocó leer en el Libro de Éter. Recordar la ternura de esos momentos, los comentarios de mi esposa y mis niños, transportaron mi oración de aquel momento y a mí a una de las experiencias más maravillosas de mi vida. Parecía que en mi mente se repetían palabra por palabra la oración del hermano de Jared y en el momento mis-

mo que repetía «¡Oh, Señor!, ten piedad de mí... y no permitas que atraviere este furioso abismo en la oscuridad», vino a mí la verdad: yo sabía sin lugar a dudas, con perfecta seguridad, que el momento en que pronunciara el amén, las luces de Roboré brillarían otra vez para mí.

Y así fue.

Levanté mis rodillas a una nueva vida. La luz parecía distinta. Podía ver más allá de lo que antes podía ver. Me apresuré a salir al camino pues me había desviado increíblemente unos diez metros sobre la vegetación y la pared con que choque era una choza abandonada, un pahuichi que ya no albergaba a nadie pues el techo se había caído y todo estaba rodeado de maleza. Ya desde el sendero me parecía que podía ver todo el pueblo. Mi caminar iba acompañado de un gozo inmenso. No sabía cómo expresar mi felicidad, y mi corazón repetía: «Gracias, Dios; gracias, Dios»; sentía las ganas de compartir con alguien, ya quería estar con mi familia y contarles. Recordaba el sueño de Lehi y su actitud al probar el fruto del árbol. Igualmente pensé en otras personas. Me vino el sentimiento y deseo de testificarle a todo el mundo: ¡¡Dios vive!!

De pronto escuché voces, dos hombres que se gritaban el uno al otro. Tomé cuenta que allí antes de llegar a la estación del tren estaban las instalaciones de los motores eléctricos para Roboré, todo rodeado por postes y una malla de alambre. Había algunos galpones con paredes de calamina, y muy adentro, los hombres

que se gritaban groseramente. Entendí el porqué. Mi primer impulso fue con el ánimo de ir a explicarles, pero inmediatamente reflexioné preguntándome: «¿Qué les digo? ¿Quién puso en marcha otra vez todo el sistema?...» Un instante después y todo quedó otra vez en oscuridad. Un hombre salió de la estación ferroviaria. Tenía una lámpara de luz blanca, la cual colgó en uno de los postes de madera que sostenían el techo de la estación. Con esa luz, un poco tropezando, terminé bajo el techo, y sentándome en el piso, recostado a una de las columnas de madera, me puse a esperar la llegada del tren.

Han pasado los años y aun esa experiencia permanece en mis recuerdos y en mi corazón. Han pasado muchas cosas en mi vida que han mostrado mi condición de hombre, muchas más experiencias que como ésta, a pesar de mi a veces anodina existencia, trayéndolas al presente, siempre, muchas veces cuando voy desnortado, sirven para mí como una liahona que me pone nuevamente en el buen camino, y como una flor inmarcesible, al contemplar su recuerdo, me lleva a un emunah lleno de paz y confianza en mi Dios. ■



Ezequiel Peñarada, *Paisaje con ruinas de Twanaku*.

En el desierto

JAMES GOLDBERG

La historia de la literatura mormona está plagada de cierto anhelo por un Renacimiento propio. Me di cuenta de ello por vez primera en 2006. Tenía yo veintiséis años y dirigía un colectivo de teatro mormón cuando subí al escenario (en un tablado improvisado) para reclamar uno, uno como el que había ocurrido en Harlem. Claro, cada cual se considera todo un Adán o Eva, recién empezando a darle nombre a las cosas de un mundo nuevo. Lo que yo no entendía en ese momento era que bajo mis pies yacían muchas capas de sueños anteriores. Posteriormente leería las reflexiones que en 1982 Eugene England hiciera sobre el Renacimiento Mormón en [«The Dawning of a Brighter Day»](#) [El despertar de un día más brillante], el discurso que en 1967 diera Spencer W. Kimball lla-

mado [«Education for Eternity»](#) [Educación para la eternidad] (el cual revisado posteriormente se llamó [«La visión del Evangelio sobre las artes»](#)) y, por supuesto, el sermón [«Una literatura propia»](#) que en 1888 pronunciara Orson F. Whitney, donde afirmó que «tendremos nuestros propios Miltones y Shakespeares» si construimos «nuestra propia colmena y nuestro propio panal».

Trabajando en el proyecto Documentos de José Smith, hallé lo que posiblemente sea la primera alusión al sueño de una gran literatura mormona. Proviene de Sidney Rigdon y data del año 1836:

«¿Acaso no he de preguntar una vez más: cómo se tornará Sion en el gozo y loor de toda la tierra a fin de que anden los reyes al resplandor de su amanecer? De cierto ocurrirá en la medida en que

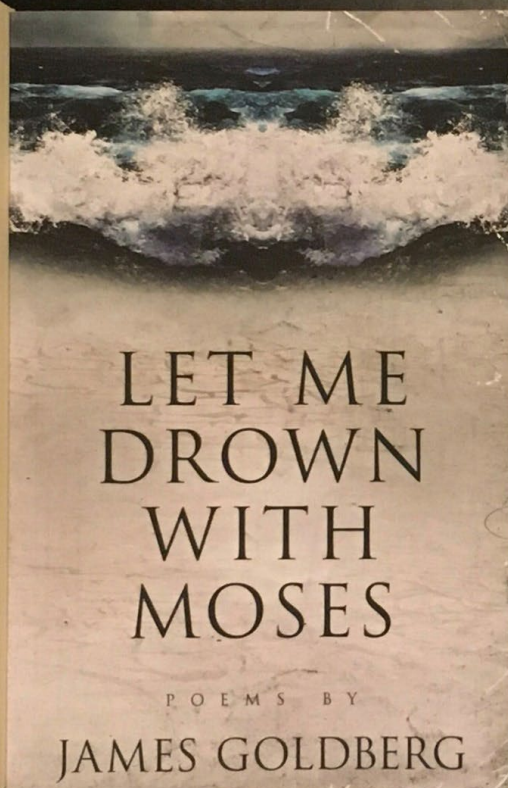
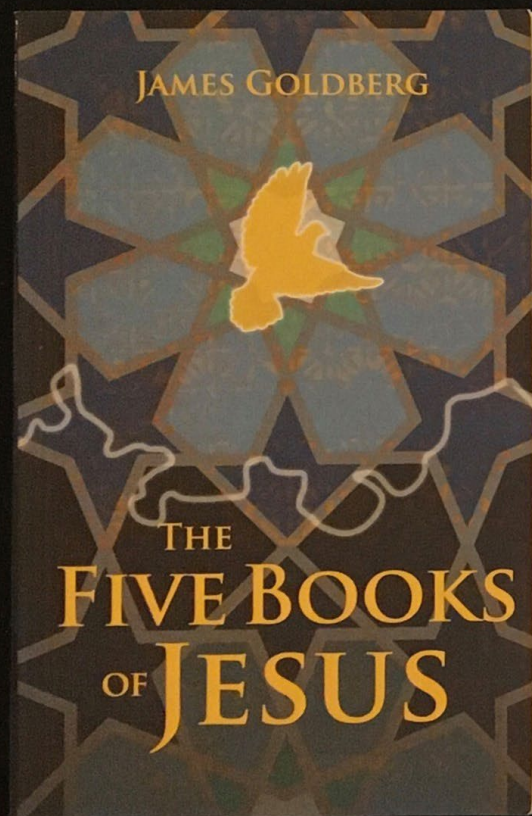
Sion se tornare más prudente, más instruida, más refinada y más noble... ¿Y por qué medio se lo ha de lograr? La respuesta es que será por medio de la superioridad de sus instituciones literarias y mediante un esfuerzo general de todos los santos por leer de forma habitual la literatura que producimos»¹.

El sueño, por lo tanto, formó parte de cada generación en la historia de nuestra religión. Ya llevamos casi dos siglos en los que en todo momento alguien ha ansiado unir los esfuerzos de los lectores, los recursos de los mecenas y las habilidades de los escritores para establecer nuestras propias instituciones literarias. En todo momento hemos deseado leer cosas que nos conmuevan y asombren y transformen. En todo momento hemos querido ensanchar los límites de la imaginación mormona.

¿Y por qué anhelamos la literatura? Porque somos gente de los libros. Fueron las palabras las que encendieron algo en el interior de cada uno de nosotros, las que nos aunaron. Desde un principio, el mormonismo atrajo a personas tan sedientas de las palabras del Señor que partieron el canon en dos procurando beber de las aguas en-



James Goldberg fue presidente de la Asociación de Letras Mormonas (MLA, por sus siglas en inglés), y desde que irrumpió en la escena literaria hace una década y media, se ha convertido en un referente de la literatura de los santos de los últimos días. Es poeta (*Let Me Drown With Moses / Phoenix Song / A Book of Lamentations / y Song of Names*), novelista (*The Five Books of Jesus*), cuentista (*The First Five-Dozen Tales of Razia Shah and Other Stories*) y ensayista (*Remember the Revolution*). Es, además, impulsor de literatura, organizando los concursos semestrales de Mormon Lit Blitz y las actividades del Mormon Lit Lab. Consideramos que su visión, claramente esbozada en este discurso presidencial pronunciado en el marco del congreso de 2021 de la MLA, es un llamado a todos los SUD amantes de las letras.



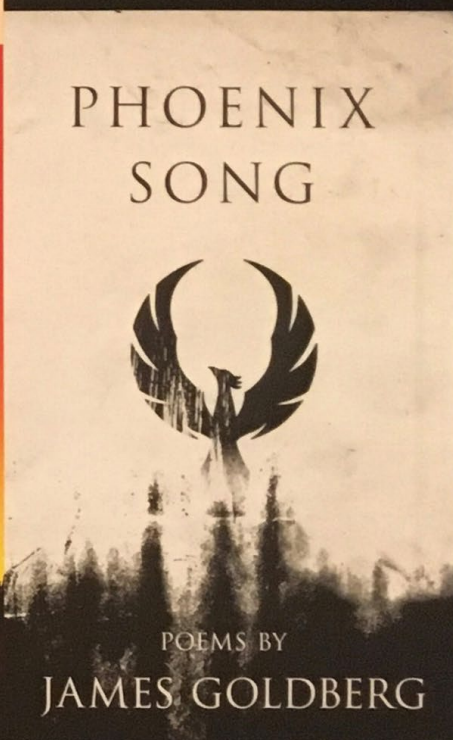
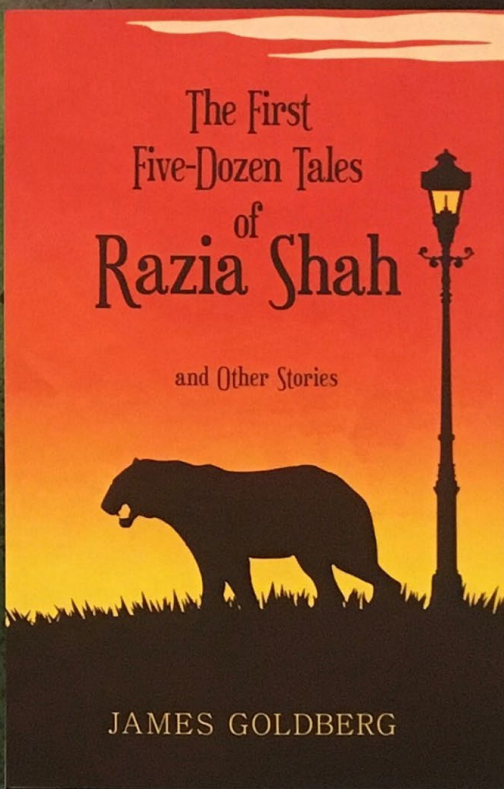
cerradas en él. Lógicamente queremos más libros buenos.

¿Por qué anhelamos la literatura? Porque la literatura es vicaria. Los instrumentos de la literatura tienen como finalidad remover las capas oscuras para permitirnos ver el interior del alma de otra persona. Tienen como objetivo traspasar el tiempo, el espacio y las circunstancias para conectar vidas. Lógicamente queremos que algo haga volver nuestros corazones.

¿Por qué la literatura? Porque si hay algo que sabemos con certeza es que las palabras encierran poder. Los sabios afirman que la Torá fue escrita en fuego

negro sobre fuego blanco, y a nosotros también nos atrae la calidez que emana del fuego. Creemos que Dios mora en llamas eternas. Lógicamente queremos lenguas de fuego.

¿Por qué una literatura propia? Porque somos conscientes del peso del mundo. Se nos ha advertido de los pecados de esta generación; somos conscientes, o eso espero, de que en Babilonia como mínimo no todo está bien. Sabemos que lo que el mundo quiere que le cuenten acerca de nosotros son relatos de fanáticos y adefesios. Hemos visto que hay demasiados escritores del primer orden entre nosotros que literariamente tienen



que recurrir a la magia para disfrazarse ante los ojos de los de afuera con la finalidad de compartir sus pensamientos mormones. Sí, estamos al tanto de que la gravedad del discurso dominante aplasta, y sin embargo, insistimos en reservarnos el privilegio de optar por la diferencia radical, hereje, insistente. Necesitamos una literatura propia porque le corresponde al vino nuevo romper los odres viejos. Los géneros y los mercados y los usos que nos rodean jamás deben saciar nuestra sed. Nosotros, que somos herederos de unos exiliados rebosantes de amor propio, nunca debemos abandonar la búsqueda de un hogar mejor.

No obstante, al tratar de nutrir y robustecer a quienes trabajan con las palabras hemos fracasado una y otra vez. Hemos fracasado al no lograr crear los espacios necesarios para la experimentación audaz. Los escritores mormones de la actualidad no cuentan con las instituciones literarias que Sidney Rigdon ya reclamaba en 1836. Hemos sufrido el esparcimiento. Nos hemos escondido. Hemos huido.

Los santos a los que se dirigió Sidney Rigdon en Kirtland nunca llegaron a levantar mejores instituciones literarias porque su quijotesco esfuerzo por crear una institución financiera fue un fracaso,

lo que los obligó a partir hacia el oeste. El llamado que hizo Orson F. Whitney para crear una literatura propia siguiendo el modelo de las industrias caseras llegó demasiado tarde: poco después la presión del gobierno de Estados Unidos logró que disolviéramos el Partido Popular y que le restáramos importancia a la economía comunitaria. Yo me hice escritor en el cráter que quedó después de que el día resplandeciente de Eugene England se precipitara a tierra en BYU durante los 90 en una llamarada de polémicas en torno al decoro y la autoridad. Cuando me postulé para hacer la maestría en Creación Literaria en lo que pudo haber sido nuestra institución literaria por excelencia, un docente de mi barrio me aconsejó que si quería que me tomaran en serio me convenía omitir de mi solicitud mis escritos mormones. ¿Qué pasa con un sueño aplazado?

Llevo años viendo repetirse una y otra vez la más idiota de las conversaciones. La conversación gira en torno a por qué no existe un conjunto de obras que sean ampliamente reconocidas como grandes obras de literatura mormona. He visto a la gente tratar nuestra cultura como si fuera una enfermedad, argumentar con toda seriedad que carecemos de imaginación y abundamos en superficialidad, que nuestra teología nos impide madurar, todo porque creen que basta con tener algo que valga la pena decir para que automáticamente surjan la creación literaria y su reconocimiento. Y no me refie-

ro únicamente al reportero ese del New York Times²; he visto también a algunos mormones unirse con abandono a la comidilla autodifamatoria. Tal vez esto ocurre con facilidad en Estados Unidos porque a la mayoría de los mormones de este país se los considera blancos, con lo cual nos resulta difícil ver algunos de los mecanismos que mueven el mundo. Por causa de que tantos santos de los últimos días han sido aceptados en tantas esferas de esta sociedad, a muchos se nos hace fácil no pensar en la historia y la realidad económica que hacen que los sistemas estratificados confirmen los prejuicios existentes. Es más fácil decir que los mormones son superficiales que tomar recuento de los muchos sitios donde todavía no nos dan cabida. Así que la gente se limita a debatir por qué la semilla de la Literatura Mormona no ha germinado plenamente, sin siquiera preguntarse cómo podemos regarla.

Al tratar de levantar instituciones literarias firmes hemos fracasado una y otra vez. Hemos armado muchas caravanas de carretas y terminamos reunidos en campamentos improvisados. Si hay autores que siguen produciendo literatura mormona es porque tenemos la tenacidad de los pioneros y no porque la tierra prometida esté a la vista.

Me da la impresión de que ahora podemos cambiar esto. Nuestra comunidad ha florecido de muchas formas. Parece que podemos combinar las habilidades de los escritores, los esfuerzos de los lec-



tores y los recursos de los mecenas para crear nuestras propias instituciones literarias, pequeñas y sencillas. Considero que la siguiente generación todavía tiene la posibilidad de sentirse alentada, de hallar lugares y personas que les den la bienvenida y les hablen de los que vinieron antes para no tener que empezar siempre desde cero, de tener un escenario donde presentar sus obras mormonas sin tener que improvisar con bloques de hormigón y madera terciada como hice yo al principio, de sentir que el currículum vitae que armen será valorado en algunos círculos en vez de considerado con desconfianza. En otros campos mormones se ha avanzado más. Como colectividad hemos invertido en la historia. Algunos jóvenes audaces y talentosos, con la ayuda de mecenas serios, se ganan la vida hoy en día ampliando los horizontes de las artes visuales mormonas. Es posible que yo viva lo suficiente para ver el día cuando nuestra religión no solo necesite de mis habilidades sino que las valore.

Esto es posible. No lo tenemos asegurado ni mucho menos, y no podrá suceder a menos que haya gente que se atreva a correr ciertos riesgos; lo seguro es que en el camino daremos pasos en falso, pero algo podremos edificar. Si lo que estoy diciendo de alguna forma les inspira, albergo la esperanza de que se comuniquen conmigo o con las personas a su alrededor para ver cómo pueden dedicar su tiempo, talento y recursos para

ayudar a edificar algo, para impulsar el sueño constante de nuestro pueblo.

Me encantaría presenciarlo. Me encantaría probar el fruto de una cosecha bien cuidada.

¿Y si no? Pues no permitiré que me importe. Escribiré en el desierto. Procuraré los nombres medio olvidados de los que vinieron antes para aprender lo que pueda de ellos. Entonaré los cánticos de nuestro pueblo. Me expresaré en nuestro idioma. Hallaré el fuego en las palabras que Dios nos dio y le rogaré que arda una última vez. En el desierto me ha ido bien. Me he nutrido de leche y miel, ese viejo alimento de los pastores, y mi obra ha florecido como la rosa. ■

1. Sidney Rigdon, «The Saints and the World» [Los santos y el mundo], *Messenger and Advocate*, tomo III n.º 3 (diciembre de 1836), pág. 421. Negrilla agregada.
2. Mark Oppenheimer, «Mormons Offer Cautionary Lesson on Sunny Outlook vs. Literary Greatness» [Los mormones nos brindan una lección admonitoria sobre las perspectivas felices ante la grandeza literaria], *New York Times*, 8 nov. 2013.

¿Te interesaría formar parte de este esfuerzo?

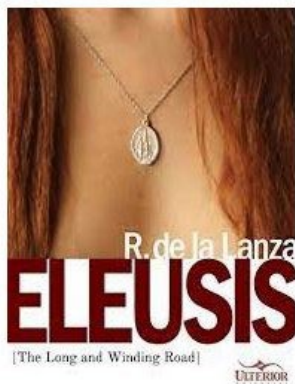
Comunícate con nosotros a
cofradiadeletrasmormonas@gmail.com

NOVEDADES

Obras en traducción

Dos obras de corte SUD han sido traducidas, total o parcialmente, a otros idiomas. Por una parte, tenemos la novela *Eleusis*, de [R. de la Lanza](#), cuyos primeros dos capítulos han sido traducidos por [James Goldberg](#) al idioma inglés. Aparecen en la revista *Dialogue*, una prestigiosa y a veces polémica pu-

blicación académico-cultural de «pensamiento mormón». Por otro lado, el libro *Estampas del Libro de Mormón*, de [Gabriel González Núñez](#), ha sido traducido al portugués por [Renan Apolônio Silva](#). Se lo puede conseguir en Amazon buscando *Estampas do Livro de Mórmon*.



FICTION

EXCERPT FROM ELEUSIS: THE LONG AND WINDING ROAD, TRANSLATED AND INTRODUCED BY JAMES GOLDBERG.

R. de la Lanza

ESTAMPAS
do
Livro
de
Mórmon

GABRIEL GONZÁLEZ NÚÑEZ
Traduzido por RENAN APOLÔNIO SILVA

THE UINTA TRIO



With Julián Mansilla

Tuesday, November 9th
7:30 PM
Madsen Recital Hall
Free Admission

BYU ARTS BYUARTS.COM | BYU SCHOOL OF MUSIC

Bandoneón en Utah

El compositor argentino Julián Mansilla ganó la Barlow Endowment Grant, una beca de la Universidad Brigham Young, a fin de componer la obra «RecoNoceR», para piano, violonchelo y violín. Esto le permitió además

presentarse como artista invitado en dicha universidad, donde el 9 de noviembre de 2021 se unió en el escenario al Uinta Trio y pudo llevar al público de Utah el deleite del bandoneón. ■



CONVOCATORIA

para

El Pregonero de Deseret

ESPECIAL MÚSICA

BUSCAMOS POEMAS, ENSAYOS O CUENTOS RELACIONADOS
CON LA MÚSICA. TAMBIÉN NOS INTERESA RECIBIR LETRAS
DE CANCIONES E INCLUSO PARTITURAS COMPLETAS.

Enviar a: cofradiadeletrasmormonas@gmail.com

con asunto: «Convocatoria: música»

En el cuerpo incluir nombre de la obra, del autor
y afirmar originalidad del trabajo enviado.



FECHAS CLAVE

PARA MANDAR LA OBRA:

1 de abril de 2022

AVISO DE SI SE PUBLICA:

1 junio 2022

PUBLICACIÓN DEL ESPECIAL:

julio 2022



Nota: Por tratarse de una convocatoria y no de un concurso propiamente, no hay premios económicos. Todas las obras enviadas antes de la fecha límite se tomarán en cuenta, pero no todas podrán ser publicadas. Aplicaremos criterios literarios y musicales a la selección de obras.

